FELIPE NERI, EL SANTO HUMORISTA.

Felipe Neri nació en Florencia en 1515, y desde sus primeros años mostróse muchacho obediente, de sentido moral y robusta constitución. El retrato que así lo representa, ha sido felizmente conservado en el *Fidanza Teste Scelte*, tomo V, pág. 31. No podría imaginarse mozo más fuerte, sano y recto. Descendiente de noble familia, instruyéronle en todo lo bueno y digno de saberse en su tiempo y, al cabo, lo mandaron á Roma á terminar sus estudios, no se dice á qué edad. Al fin se desarrolló, haciéndose cumplido joven; su hermoso rostro, sus cabellos rizados, señálanlo: atrae la gente y sabe tenerla á distancia; la gracia y la dignidad le acompañan por todas partes. En aquel tiempo triste, pocos años después del saco de Roma, dióse, como ejemplo y caudillo de muchos nobles, al ejercicio de la piedad, elevándose su entusiasmo al impulso de lozana

juventud. Visitas perpetuas á las iglesias, particularmente á las siete principales, oraciones fervorosísimas en demanda de la gracia necesaria, asiduidad en la confesión y en acercarse á la sagrada mesa, ruegos y luchas por los bienes espirituales.

En uno de estos momentos de exaltación, arrojóse una vez sobre las escaleras del altar y se rompió dos costillas que, mal curadas, ocasionáronle palpitaciones de corazón durante toda su vida, siendo parte á que subieran de punto sus sentimientos.

Uniéronsele otros jóvenes en la práctica de obras piadosas y morales: incansables en sustentar á los pobres y cuidar de los enfermos, parecían dejar de lado sus estudios. Empleaban, sin duda, en objetos benéficos los suplementos que de sus casas recibían; en fin, daba y ayudaba de continuo y nada guardaba y llegó á rechazar expresamente todo subsidio de los suyos, para emplear en los necesitados aquello que la caridad le enviaba y morirse él mismo de hambre. Estas obras piadosas, nacidas del corazón, eran demasiado vivas, para que no se tratase, al mismo tiempo, de dar pasto al espíritu con las cosas más importantes del sentimiento. La pequeña asociación no poseía lugar propio: reuníase de prestado, ya en uno ó en otro convento, donde se les ofrecía lugar acomodado. Tras breve y silenciosa oración, leíase en voz alta un texto de la Sagrada Escritura, que alguno de los miembros comentaba ó exponía en corta plática. Deteníanse, en particular, en aquellos puntos que se relacionaban con

la práctica; los procedimientos de dialéctica y agudezas de ingenio estaban, por regla general, prohibidos. El resto del día consagrábase al cuidado atento de los enfermos, servicio de los hospitales y asistencia de los pobres y afligidos.

Como ningún límite sujetaba estas relaciones, y lo mismo se podía entrar que salir, aumentaba de manera desusada el número de los participantes y, de igual modo, la asociación extendía seriamente el círculo de su actividad. También se leían en voz alta las vidas de los Santos escogiendo pasajes de los Santos Padres y de la Historia de la Iglesia y cuatro asociados tenían el derecho y el deber de hablar, cada uno media hora, acerca del asunto.

Esta acción cotidiana de piedad, estas prácticas familiares de los más altos intereses del alma, despertaban cada vez más la atención, no sólo de particulares, sino de corporaciones enteras. La iglesia en cuya nave verificábase la reunión, era la más favorecida de la gente. Significábase en particular la Orden de los Dominicos en esta suerte de afición y sus miembros se unían en gran número al grupo, de día en día más completo, que, no sin pruebas ni contradicciones, seguía siempre su camino, merced á la energía y alto sentido de su director.

Prohibía su superior juicio toda especulación; las actividades estaban reglamentadas y dirigidas á la acción de la vida; mas como la vida no se concibe sin esparcimientos, hubo el hombre de proveer las inocentes necesidades y deseos de sus afiliados. Al entrar la primavera llevólos á San Onofrio, situado en lugar alto y despejado, localidad sumamente agradable en aquellos días. Allí, donde toda juventud debía brillar en aquella estación joven, después de silencioso rezo, salió un mancebo gallardo á recitar un sermón aprendido de memoria; siguieron luego oraciones y, al terminar, invadió los aires alegremente un coro de cantantes invitados al efecto; lo cual es tanto más notable, cuanto que la música, entonces, ni estaba hecha ni generalizada y es tal vez la primera ocasión en que se produce un canto religioso al aire libre.

Continuando su obra de este modo, aumentó la congregación y creció, así en número de personas como en importancia. Invitaron los florentinos á su compatriota á que se sirviese del Convento de San Girolamo, dependiente de ellos y allí, el instituto siguió extendiéndose y obrando como siempre, hasta que, al fin, el Papa les dió, en toda propiedad, cerca de la plaza de Navona, un monasterio que, edificado de nueva planta, podía recibir gran número de piadosos compañeros. Allí siguieron en su primitiva organización la palabra de Dios, esto es, disposiciones santas y nobles que los hicieran aptos para el sentido común y para la vida diaria, general y corriente. Reuníanse como antes, rezaban, elegían un texto, oían hablar sobre él, luego volvían á rezar y, por último, se solazaban con la música y lo que antes ocurría con frecuencia y aun á diario, después sólo los domingos; y ciertamente, todo

viajero que hiciese conocimiento con el Santo fundador y luego asistiese á estas inocentes funciones, debía sentirse edificado, porque aquello que se nos cuenta primero y de lo cual luego participamos, prevalece en nuestra alma y en nuestro pensamiento.

Sazón es la presente de recordar que la institución tenía sus lindes en lo seglar; muy pocos de sus miembros eran curas; sólo recibían órdenes sagradas los precisos para sentarse en el confesonario y celebrar el sacrificio de la misa. El mismo Felipe Neri llegó á los treinta y seis años sin pertenecer al sacerdocio. Sentíase, al parecer, en aquel estado más libre y podía ir más lejos. Sujeto por los lazos de la Iglesia, como miembro de la gran jerarquía, hubiérase sentido más honrado, pero con menos acción.

En las esferas superiores no se lo consintieron. Su confesor hízole caso de conciencia el ordenarse y pertenecer al clero y así sucedió. Atinanadamente, la Iglesia encerró dentro de su círculo un espíritu hasta entonces independiente y desligado de modo tal, que llevaba aunados lo santo y lo mundano, lo virtuoso y lo ordinario. Semejante cambio del paso al sacerdocio, no tuvo la menor influencia en su conducta exterior.

Ejerció el desprendimiento más aún que antes y vivió en un mal convento, en compañía de otros desdichados. El pan que le regalaban, en tiempos de gran carestía y escasez, se lo daba á otros más necesitados y continuaba sirviendo á los infelices.

Mas, en su interior, dióle el sacerdocio vuelo. La

celebración de la misa ponialo en tal estado de entusiasmo y éxtasis, que aquel hombre, antes tan natural, quedaba desconocido totalmente. Apenas sabía por donde andaba, vacilando en el camino hasta llegar al altar y delante de él, cuando alzaba la hostia, no podía volver á bajar los brazos; parecía elevado por fuerza invisible. Al echar el vino en el cáliz, temblaba y se estremecía y luego, cuando terminada la transubstanciación, disponíase á gozar aquellas secretas dádivas, veíasele de la manera más extraordinaria é inexplicable, como lividinoso. La fuerza de la pasión hacíale morder el cáliz, mientras bebía ansioso lo que creía sangre del cuerpo vorazmente engullido antes. Pasada esta embriaguez, volvemos á encontrar el mismo hombre, siempre apasionado de manera singular, pero de entendimiento práctico en grado sumo.

Muy extraordinario debía parecer á los hombres un joven entregado á tan raras y eficaces acciones y sus mismas virtudes debían hacerlo oneroso y desagradable. Positivamente hubo de ocurrirle esto muchas veces en los primeros tiempos del curso de su vida; pero cuando recibió las sagradas órdenes y vivió estrecha y miserablemente en un pobre convento, los contradictores salieron á luz, persiguiéndole sin descanso sus burlas y desprecios.

Nosotros vamos más lejos y decimos que era hombre distinguido en alto grado, nacido para mandar como señor; pero que trataba de ocultar el brillo de su persona con la abnegación, el desprendimiento, la cari-

dad, la humildad y la debilidad. Aspiraba á la continua á parecer insensato á los ojos de los hombres y de tal manera entregarse más á Dios, ejercitándose en sus cosas, para cuyo fin trabajó y educó después sus discípulos. La máxima de San Bernardo:

Spernere mundum,
Spernere neminem
Spernere se ipsum
Spernere se sperni,

parece haberle penetrado por completo, ó mejor parece haber salido de él. Los hombres que ansían edificarse apropiándose semejantes máximas, necesitan proponerse aquellos fines y tener aquellas disposiciones. Se puede estar seguro que un hombre, interiormente altivo y arrogante, no se acomoda á aquellos principios, sin haber probado antes la oposición de un mundo siempre contrario á lo bueno y á lo grande y sin haberse decidido á vaciar el amargo cáliz de la experiencia, antes que se lo presenten. Interminables y sin interrupción, aquellas historias con que probaba á sus discípulos, muchas de las cuales llegaron hasta nosotros, impacientaban realmente á los hombres contentos de la vida que las oían, así como los mandatos tenían que parecer en extremo dolorosos y casi insoportables á los obligados á obedecerlos. De ahí que no todos soportaban la prueba del fuego.

Antes de enfrascarnos en tales maravillas y hacer al lector su narración, hasta cierto punto involuntaria, nos inclinaremos mejor, una vez más, á aquellas preeminencias que sus contemporáneos le reconocen y celebran, ensalzándolas. Tenía—dicen—sus conocimientos y educación, más bien de la Naturaleza que de las lecciones recibidas de los hombres. Todo cuanto otros adquieren penosamente, á él se le había infundido. Más tarde, tuvo en realidad los grandes dones de distinguir los espíritus y apreciar en su justo valor las cualidades y aptitudes de sus semejantes. Penetrábase, al mismo tiempo, de las cosas del mundo con tanta sutileza, que se le hubiera podido atribuir el don de adivinar. Poseía asimismo, en sumo grado, una cualidad de inspirar decidida simpatía, que los italianos expresan en la bella palabra *attrativa*, la cual no se circunscribía á los hombres, sino que se extendía á los animales. Cuentan, como ejemplo, que el perro de uno de sus amigos se fué con él y le seguía á todas partes, aun á la casa de su primer amo, que deseaba muchísimo recobrarlo y puso por obra muchos medios, á fin de ganarse de nuevo su voluntad. Pero el animal, de ningún modo quiso quedarse y siempre volvía al lado del hombre atractivo y nunca se separó de él, hasta que al fin, de allí á muchos años, murió en el cuarto del amo que se había elegido. Este animal trae á cuento de nuevo las pruebas á que dió ocasión. Sábese que en la Edad Media era ignominioso, aun en Roma, conducir perros ó llevarlos en brazos y á causa de ello solía aquel hombre mansísimo llevar de una cadena aquel animal por la ciudad. Igual motivo obligaba á sus dis-

cípulos á atravesar las calles, llevándolo en brazos, exponiéndose así á la risa y mofa de la muchedumbre.

Otras exterioridades indignas pretendía de sus discípulos y compañeros. A un joven, príncipe romano, que pedía el honor de ser admitido miembro de la Orden, exigióle pasear por Roma con una cola de zorra sujeta en la parte posterior de su traje y negándose á sufrirlo, fuéle negada la entrada en la Orden. A otro mandó á la ciudad sin sobrevestido y á otro con las mangas despedazadas. Un noble, compadecido del último, ofrecióle unas nuevas. El joven las fué á buscar agradecido, se las puso y llevó algún tiempo y después las rompió; todo de orden de su maestro. Cuando construyeron la nueva iglesia, hizo que los suyos porteasen los materiales y diesen servicio á los obreros, como si fueran peones.

En igual medida sabía cortar y anular una complacencia en lo espiritual, que cualquiera sintiese de sí mismo. Cuando el sermón de algún joven resultaba bien y el orador parecía satisfecho, le cortaba la palabra y para continuar hablando en su lugar, mandaba que saliese y comenzase, sin preparación, otro afiliado menos hábil, el cual, elevado de manera tan inesperada, tenía la suerte de probarse, de improviso, mejor que nunca.

Representándose el estado de desolación de la segunda mitad del siglo XVI, en el cual Roma, bajo diversos Papas, se presentaba como elemento de insubordinación, hacémonos cargo de la eficacia y poder de semejante procedimiento, en cuanto por inclinación y miedo, por devoción y obediencia, daba á los hombres la gran fuerza de contenerse á pesar de todo lo exterior, de resistir cuanto ocurrir pudiese; pues aun á los sensatos y cuerdos ponía en aptitud de desprenderse totalmente de las cosas más usuales y permitidas.

Aunque ya conocido, no se verá aquí á disgusto, merced á su gracia particular, un notable episodio de pruebas. Informaron al Santo Padre que, en un convento fuera de Roma, una monja hacía milagros; nuestro hombre recibe la comisión de inspeccionar de cerca asunto tan importante para la Iglesia. Monta en su mula, dispuesto á cumplimentar las órdenes y hállase de vuelta mucho antes de lo que el Santo Padre esperaba. A la extrañeza de su jefe espiritual, salió Neri al encuentro con las palabras siguientes:

—Santísimo Padre: ésta no hace milagros; carece de la primera de las virtudes cristianas, la humildad. Llego maltrecho al convento á causa del tiempo y los detestables caminos; hágola venir ante mí en vuestro nombre; se presenta y en vez de saludarla, alargo mi bota con ademán de que me la quite; horrorizada, retrocede y contesta á mi ademán con ira y enfado, exclamando: —¿Por quién me toma? Soy la sierva de Dios; pero no del primero que viene á pedirme servicio de villano.— Levantéme sosegadamente, monté en mi animal y héme aquí en vuestra presencia, convencido de que no juzgaréis necesarias otras pruebas.

El Papa sonrió, y es verosímil que se prohibiese á la monja seguir haciendo milagros.

Si tal género de pruebas se permitía con los otros, debía á su vez sufrirlas de hombres que, en igual sentido, emprendieran el camino del desprecio propio. Un fraile mendicante, que estaba también en olor de santidad, encontróselo de manos á boca en una callejuela estrecha y le invitó á beber un sorbo de vino de la botella que escondida llevaba. Felipe Neri no titubeó un instante y, echando atrás la cabeza, púsose á la boca el largo cuello de la damajuana, mientras el pueblo se reía alto y se mofaba de que dos religiosos bebiesen de aquel modo. Felipe Neri que, á pesar de su devoción y piedad, hubo hasta cierto punto de enfadarse, dijo incontinenti: ¿Él me ha probado? pues ahora llega su vez, y con esto plantó su bonete de cuatro picos sobre la rapada cabeza del fraile, el cual, excitando de nuevo la risa general, echó á andar tranquilamente y dijo:

—Cuando alguien me lo quite de la cabeza, lo tendrá: quitóselo el mismo Neri y se separaron.

En realidad, para osar cosas tales y, no obstante, conseguir los mayores resultados morales, era menester un hombre del temple de Felipe Neri, cuyas acciones creíanse muchas veces milagros. Confesor, hízose temido y, al mismo tiempo, digno de la mayor confianza. Descubría á sus hijos de confesión pecados ocultos, de que nunca se habían cuidado. Su oración interna, estática, á modo de cosa sobrenatural, asombraba á cuantos le rodeaban, hasta un punto en el que los hombres creen conocer, mediante sus sentidos, lo que les pone delante la imaginación, excitada por el sentimiento. De donde resulta que, contado y repetido, lo milagroso, lo imposible, toma el lugar de lo positivo y corriente. De ahí que diferentes veces le hayan visto, no sólo alzarse delante del altar durante el sacrificio de la misa, sino un día, arrodillándose, pidiendo la vida de un enfermo gravísimo, elevarse del suelo, de tal modo, que casi fué á dar con la cabeza en el techo de la habitación.

En semejante estado, producto del sentimiento mezclado á la imaginación, era natural que no se excluyesen ciertas participaciones demoniacas.

Una vez vió el santo hombre al enemigo malo en figura de asno, dando brincos por las derruídas murallas de las termas de Antonino y á su mandato, desapareció entre las ruinas. Todavía más curioso que este detalle es el proceder empleado con aquellos de sus discípulos que contaban, encantados, las apariciones de la Madre de Dios y otros santos que así los favorecían. Sabiendo perfectamente que de tales imaginaciones suele salir la más obstinada y la peor de todas las vanidades, asegurábales que detrás de aquellas bellas celestiales claridades, de seguro ocultábanse diabólicas odiosas tinieblas. A fin de probárselo, mandoles que ante nuevas apariciones de aquella bondadosa Virgen le escupiesen en el rostro; obedecieron y el éxito le dió la razón, pues en el sitio salió una cara del diablo.

Que el grande hombre lo ordenase con conocimiento,

ó, lo que es más probable, gracias á instinto profundo, es igual; estaba seguro que el amor á lo fantástico las provocaba y el deseo, impelido mediante acciones contrarias del desprecio y del odio, quedaría convertido en una patarata.

Autorizábanle á usar tan rara pedagogía los más altos dones naturales que aparecen fluctuando entre lo espiritual y lo corporal. Conocimiento de una persona que se le acerca y aun no se ha presentado. Presentimiento de sucesos lejanos. Adivinación del pensamiento de una persona presente; obligar á otros á pensar como él.

Tales dones y otros semejantes se encuentran repartidos entre muchos hombres y hay quien puede gloriarse de ellos, una y otra vez. Mas la presencia no interrumpida de tales aptitudes y la disposición para ejecutar en cualquier caso tan pasmosos efectos, quizá sólo puede concebirse en un siglo donde resaltan, con tanta energía, el espíritu entero y contenido y la fuerza corpórea.

Considérese lo sujeta que se sentiría, dentro de los fuertes lazos de la iglesia romana, una naturaleza con tanta vehemencia impulsada á la libre é ilimitada acción del espíritu.

Los hechos de San Francisco Javier, entre los paganos idólatras, deben haber tenido, en aquella época, gran resonancia. Excitado Neri y algunos de sus amigos, sintiéronse asimismo atraidos hacia las llamadas Indias y desearon pasar allá, obtenido permiso del Papa. Su

confesor, bien instruído sin duda de arriba, hablóles y les dió á entender que para los hombres religiosos, consagrados al mejoramiento del prójimo y á la propaganda de la religión, hallábanse en Roma misma suficientes Indias y digno teatro abierto á sus hechos. Diéronles noticia que la gran ciudad debía soportar muy pronto una gran desgracia; pues las tres fuentes, delante de la puerta de San Sebastián, corrían hacia algún tiempo turbias y ensangrentadas, lo cual era señal infalible.

Apaciguados así el digno Neri y sus compañeros, deben haber llevado dentro de Roma una vida admirable de actividad benéfica; tanto es cierto, que de año en año se ganaba la confianza y veneración de grandes y chicos, viejos y jóvenes.

Pensando ahora en la maravillosa complicación de la naturaleza humana, en la cual se unen las más fuertes antítesis, lo material y lo espiritual, lo común y lo imposible, lo áspero y lo encantador, lo restringido y lo ilimitado, se comprende que para comprobar aquellas obras fuera menester llevar largo registro. Considérese que lo incomprensible de estas contradicciones, cuando se producen y hacen visibles en hombres preeminentes, desorienta el entendimiento, desata la imaginación, supera la fe, autoriza la superstición y de esta manera pone en contacto y hasta asocia y une el estado natural y el sobrenatural. Si extendemos nuestras reflexiones á la prolongada tradicional vida de nuestro hombre, que actuó sin cesar y sin interrupciones en un

vasto teatro, en un elemento inmenso, durante casi un siglo, se nos hará muy comprensible la influencia que debió llegar á ejercer. La alta opinión que de él tenían iba tan lejos, que no sólo lo creían dotado de las cualidades necesarías para dar la salud, mediante su santo contacto, estando él sano y en la fuerza de su energía y vitalidad, sino que sus mismas enfermedades aumentaban la confianza, por cuanto veían en ellas signos de la agitación que le causaban sus relaciones con Dios y con lo más divino. Así comprendemos que, ya en vida, tenía honores de Santo y su muerte no hizo más que afianzar lo que le habían destinado y conferido sus contemporáneos.

Cuando inmediatamente después de su muerte, acompañada de más milagros que su vida, fueron al Papa Clemente VIII con la cuestión de si debería comenzarse el informe del llamado Proceso, que precede á toda beatificación, recibieron esta respuesta:

—Siempre lo consideré Santo y nada tendría que objetar si la Iglesia en pleno lo declara y presenta tal á los fieles.

Es digno de atención y de ser referido el hecho de que en la larga serie de años que le fué dado ejercitar su acción, conoció quince Papas. Nació en el pontificado de León X y terminó sus días bajo Clemente VIII. De consiguiente, pretendió siempre sostenerse en posición independiente respecto de los mismos Papas y si como miembro de la Iglesia se avenía en absoluto á los ordenamientos generales, en particular nunca se

ligó y hasta se mostró imperioso con el jefe de la Iglesia.

Así se explica que rehusara en absoluto la dignidad cardenalicia y, en su *chiesa nuova*, semejante á obstinado caballero en su viejo castillo, se permitiese comportamiento descortés hacia su señor natural.

Pero el carácter de aquellas relaciones, que al final del siglo XVI conservaban forma bastante singular de tiempos anteriores más rudos, no puede presentarse más clara á los ojos, ni ofrecerse más penetrante al espíritu, que leyendo una epístola que Neri, poco antes de su muerte, envió al nuevo Papa, Clemente VIII, á la que siguió una respuesta igualmente extravagante.

Vemos así, que de otra manera no es posible figurárselas, las relaciones entre un hombre casi ochentón, próximo á alcanzar el rango de santo y un soberano, cabeza de la Iglesia Católica Romana, importante, robusto y sobremanera venerado, durante los muchos años de su pontificado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Epístola de Felipe Neri á Clemente VIII.

Santísimo Padre: ¿Quién soy yo para que me visiten los Cardenales y ayer tarde, en particular, el Cardenal de Florencia y Cusano? Y como hubiese menester de un poquito de maná en hojas, mandóme por dos onzas á San Spiritu, puesto que el Señor Cardenal había en-

viado á aquel hospital gran cantidad. Estúvose hasta las dos de la madrugada y díjo de Vuestra Santidad tanto bueno, que me pareció más de lo razonable; pues como sois Papa, debéis de ser la humildad misma. Cristo vino á mí á las siete de la noche corporalmente y Vuestra Santidad pudo también entrar una vez en nuestra Iglesia. Cristo es hombre y Dios y me visita, algunas veces. Vuestra Santidad es solamente un hombre, nacido de otro, santo y bueno y aquél, de Dios Padre. La madre de Vuestra Santidad es la *Signora Agnesina*, dama muy temerosa de Dios, pero aquélla la Virgen de todas las vírgenes. ¿Qué no diría yo si dejase libre curso á mi enojo? Ordeno á Vuestra Santidad haga mi voluntad respecto de una doncella que quiero criar en *Torre de Spechi*. Es hija de Claudio Neri, al cual prometió Vuestra Santidad cuidar de sus hijos y con esto recuérdole que es linda cosa un Papa cumpliendo sus palabras. Por lo tanto, confíeme este negocio y que, en caso de necesidad, pueda yo servirme de vuestro nombre; tanto más, cuanto sé la voluntad de la muchacha, que está movida por divina inspiración.

Respuesta

escrita de puño y letra del Papa, debajo de la propia epístola.

El Papa dice que este escrito, en su primera parte, tiene algo de vanidoso, porque da la noticia que los Cardenales le visitan con frecuencia; si ya no quiere darnos á entender que estos señores son muy clericales, lo cual es bien sabido. De que el Papa no haya venido á verle, dice el Papa que Vuestra Reverencia no se lo merece, puesto que no ha querido aceptar el capelo que tantas veces se le ha ofrecido. Respecto de lo que se le ordena, el Papa es gustoso que, con su acostumbrada imperiosidad, dé una sólida reprimenda á aquellas buenas madres, si no lo hacen á su gusto. Pero también el Papa le manda á él que se cuide y no se siente en el confesionario sin su permiso. Si Nuestro Señor viniere á visitarle, ruegue por nosotros y por las necesidades apremiantes de la cristiandad.

CONSIDERACIONES GENERALES.

A principios del siglo XVI, el Arte, en formación, levantándose de la barbárie de la Edad Media, había conseguido efectos de libertad y luz; pero lo que en la noble naturaleza humana se relaciona con la razón y el entendimiento, no gozaba, en manera alguna, libertad de acción. Luchaba en el Norte; mas formado el espíritu humano con las toscas presunciones de trasañadas costumbres, desgraciadamente, no bastando los principios de la razón, empuñaron las armas. Miles y miles de almas que buscaban la salud, en caminos más libres y puros, perdieron vidas y haciendas de la manera más horrorosa.

También en el Mediodía, inteligencias hermosas y nobles trataban de esquivarse al poder de la Iglesia dominadora y creemos ver en Felipe Neri la prueba de que se puede ser piadoso y aún santo, sin someterse á la autocracia del Romano Pontífice. Hallábase en realidad Neri, por el sentimiento y la imaginación y tam-

bién por el gusto, en el elemento que la Iglesia romana dominaba; y así desligarse de ella, érale enteramente imposible.

¡Cuánto tiempo vaciló hasta llegar al sacerdocio! ¡Qué desprendido hallábase de toda rutina eclesiástica, cómo trataba de hacer la doctrina, lo mismo que la vida moral, pura y sobre todo práctica!

Haber rehusado, al fin decididamente y de manera ofensiva para el Papa, el capelo de Cardenal, muestra lo libre de lazos que quería sostenerse. Y la altanera correspondencia, extravagante hasta lo cómico, con que cerramos nuestro relato, es testimonio vivo y nos transporta á la centuria que casi llenó con su vida aquel hombre extraordinario. Cosa muy notable fué para nosotros dar con un santo contemporáneo del mundano Cellini y florentino como él, á cuya memoria consagramos tanta atención. Más lejos podría llevarse el paralelo entre los dos y tal vez con algunas otras existencias significativas, para evocar con propiedad un cuadro animado del tiempo, mediante muchas individualidades. Sirva de ocasión, mientras tanto, lo traído aquí, de un piadoso y noble entusiasmo, para hacer comparaciones graciosas.